Capítulo 4 - La profecía de Orellen - El último Orellen

La profecía de Orellen

En el primer mundo, solo existe un verdadero profeta: Hamila de la Lámpara, quien desde su nacimiento vio demasiado para la comodidad de los dioses.

Temían que su vida pudiera orientar el porvenir por caminos desconocidos. Se inquietaban aún más ante la posibilidad de que su muerte abriera la puerta a un poder aún superior. Por ello, quedó grabado en el tejido mismo del primer mundo que Hamila sería la última en nacer con el don de la verdadera clarividencia y que dormiría eternamente.

Veintisiete dioses lanzaron un hechizo sobre ella. Pero, movidos por el amor a lo mortal, uno de ellos traicionó a los demás y, con esa traición, le concedió a Hamila tanto de vida como ella podría tener de manera segura.

Cada treinta años, la profetisa despierta por un solo día. Recorre entre las flores de su jardín eterno y se deleita con alimentos enviados por los grandes reyes y los poderosos practicantes del mundo. Cuando la noche cae, y justo antes de volver a dormir, pronuncia una única profecía.

Las profecías han variado a lo largo de los dos mil años. Algunas son meramente predicciones agrícolas: que el reino de Teretha tendrá la mejor cosecha de trigo en una década o que nacerá un becerro de dos cabezas en una granja de Lemonnale. Otras han predicho la muerte de grandes líderes o la caída de naciones. Frecuentemente, anuncian el inicio o el fin de guerras.

Pero todas las profecías de Hamila comparten algo en común: son, sin excepción, precisas.

Ningún charlatán de festivales es Hamila de la Lámpara. Ella pronuncia su única profecía con claridad. Nunca, en la historia registrada, ha recurrido a ambigüedades ni metáforas. Y nunca ha errado.

Un trío de escribas, elegidos entre quienes veneran a la profetisa dormida y custodios de su templo-prisión, registran el mensaje. Es política ancestral del templo que, si una profecía concierne a una persona, esa persona tiene derecho a escucharla antes de que se comunique al público en general.

Los destinatarios raramente quedan satisfechos.

Kler Ciudad,

República de Laen,

(Hace cinco años de la muerte de Elph)

El señor Iven Orellen y su esposa, Atra, acababan de concluir otra de sus famosas fiestas lujosas. Se encontraban en la entrada de su mansión en Kler, despidiendo a los últimos invitados con la gracia y la generosidad que los caracterizaban.

"¡Aquí, Canciller! ¡Tome, otra botella de este brandy para calentarlo! Antes de que termine la semana, seguro que aún caerá más nieve", bromeó Lord Orellen, un hombre de ojos vivaces y aproximadamente en sus treinta y tantos años. Le pegó una palmada en la espalda al canciller, metió una botella bajo su brazo regordete y lo condujo suavemente hacia la fría noche, en un movimiento tan fluido que pareció ocurrir en un solo acto.

A su lado, su esposa charlaba con una joven modista de rostro enrojecido. "Querida mía, Señorita Halifax", exclamó Atra. "Debe invitarme a la tienda de su familia antes del próximo mercado. Traeré a algunas otras damas de la casa. ¡Tenemos muestras de sedas llegando desde las Islas Merinti! Se desmayará al verlas, cariño. La calidad es inigualable."

El último invitado en retirarse fue un sacerdote, tan embriagado que tuvo que ser ayudado por dos sirvientes con uniforme celeste pálido y nítido. Lo acomodaron en la carroza del señor y le dieron la despedida. Su canto entrecortado se escuchaba sobre el traqueteo de las ruedas por la calle adoquinada.

El señor y la señora Orellen permanecieron en la entrada, posando tan hermosos como estatuas, con las joyas elaboradas que lucían brillando bajo la luz dorada que emanaba de la casa. Sonrieron con serenidad hasta que las farolas del carruaje desaparecieron de la vista, y then se dieron vuelta y entraron rápidamente.

La más joven de sus sirvientes, una muchacha que apenas había alcanzado la adolescencia, se encontraba en el vestíbulo circular. A la señal de Iven, ella apoyó la punta del zapato en la alfombra burdeos de lujo, pateándola con tanta fuerza que su falda casi le llegó a la cintura.

bajo la alfombra, había dibujado un pequeño diagrama rúnico en verde. La muchacha se arrodilló junto a él y empezó a recorrer con los dedos runas específicas, impregnándolas cuidadosamente con su magia.

“Oh, muy bien, Celia,” susurró Atra mientras las runas se iluminaban una tras otra.

El señor Orellen giró para asegurar la cerradura de la puerta principal.

Un momento después, hubo un extraño estremecimiento en el aire. Un tenue brillo mágico recorrió las paredes, las puertas exteriores y las ventanas, antes de desaparecer por completo.

Celia se puso de pie en cuanto terminó. “¡Primo Iven!” lloró. “¡Esos malnacidos comieron todas las ostras! ¡Todas! ¡Ni siquiera probé una!”

Rió de toda la casa.

Iven puso los ojos en blanco a Celia mientras comenzaba el tedioso proceso de quitar las esposas de oro y zafiro que llevaban en las muñecas. A su lado, Atra ya había empezado a quitar un montón de alfileres brillantes de su cabello castaño oscuro.

“Celia, la familia jamás te dará un puesto público con ese lenguaje, por muy talentosa que seas en magia de protección,” le advirtió.

“Te he dicho que no quiero un puesto público,” replicó la muchacha, pateando el suelo con enfado. “¡Quiero ser capitana de la flota en el Mar del Este! Los capitanes de mar pueden llamar malnacidos a la gente todo el día si quieren.”

“Los capitanes de mar sí pueden,” aceptó Iven. “Pero el capitán de la flota mercante de nuestra familia, en cambio, debe mostrar cierto decoro. No solo manda sobre los marineros, ya sabes. En realidad, desarrolla acuerdos comerciales para nosotros.”

Uno de los hombres que había llevado al sacerdote ebrio entró en el vestíbulo. Tenía en una mano una langosta cubierta de salsa marrón pegajosa y en la otra un trozo de queso cheddar.

“El capitán de la flota mercante también debe ser hombre,” masculló mientras masticaba queso. Le guiñó un ojo a Celia. “O una mujer lo suficientemente fea e inteligente para hacerse pasar por un hombre durante mucho tiempo. Hay demasiada gente en el mundo que no juega limpio con el dinero y nosotros queremos, y eso no siempre es fácil con una muchacha bonita. Lo intentamos una vez antes de que nacieras. Una reducción del diez por ciento en las ganancias, aunque todos sabemos que la tía Fevre es una genio en todo lo que hace.”

Una mujer vestida con uniforme de criada apareció detrás de él, sosteniendo una copa de vino. Sonrió a Atra e Iven, que estaban quitándose las joyas y las capas formales lo más rápido posible. “¡Hola, Lan!” gritó por encima del hombro. “Trae los cofres de joyas. Nuestros pavos reales de mascotas han decidido quitarse las plumas justo aquí en el vestíbulo.”

“Sabes que me estresa mucho llevar un golpe de fortuna en el pecho,” dijo Atra, girando para que su esposo pudiera quitarle el enorme collar de diamantes. “Algún día voy a perder esta belleza monstruosa, y los Ancianos seguro que nos cobrarán por ella. Estaremos atrapados en este papel hasta los ochenta, como el tío Jones.”

"Jones disfrutaba siendo Lord Orellen, aunque," dijo la mujer con el vino. "No es el peor trabajo en la familia."

"Lo disfrutaba porque no era bueno en ello," afirmó Iven. El hombre llamado Lan había aparecido con un gran cofre de joyas talladas en runas. Iven tomó un paño de terciopelo y empezó a envolver cuidadosamente los diamantes. "Hecho correctamente, este puesto es una forma elaborada de autoinfligirse tortura."

"Es mucho mejor ser el hermano mayor del Lord," coincidió Lan. "Toda la comida elegante, muchos menos de la gente pretenciosa."

Iven le dio un empujón. "Ya verás si no los convenzo algún día de que tu rostro es suficiente para este puesto." Miró alrededor del círculo de la casa. "En una nota más seria, no me gusta cómo fluyen nuestros tratos aquí en la República este año. La economía está en una recesión demasiado profunda. Vamos a partir hacia la casa en Kashwin unas semanas antes de lo planeado. Uno de los primos allí tiene algunas... ideas interesantes sobre la redirección de los convoyes de carromatos, y me gustaría estar presente para ver si es un genio o simplemente imprudente."

"¿Lo vas a consultar primero con la adivinación?" preguntó Lan, colocando las bestias de azabache junto al collar.

"Sí, sí," replicó Iven, molesto. "Todos sabemos lo nerviosos que se ponen los Ancianos si no consulto cada pequeña decisión."

"Pues, tu suerte en la adivinación es la segunda mejor cosa que ser un profeta, hermanito," sonrió Lan. "Eres nuestra gallina de los huevos de oro."

"Gracias a los dioses, eso no es cierto," dijo Lord Orellen. "Nunca me dejarían retirarme. Vamos a comer todas las sobras."

Unos minutos después, despojados de sus vestimentas elegantes y mucho más cómodos, el Lord y la Lady se sentaron juntos en uno de los sofás del gran salón de la casa, mientras sus medio docena de "sirvientes" se recostaban en otros muebles. Celia se acomodó en el banco del piano, recargada contra las teclas, y devoraba una bandeja llena de langostinos con salsa.

Los restos de la fiesta estaban dispersos a su alrededor. Copas de cristal medio llenas de vino y hidromiel reposaban sobre todas las superficies. Una bufanda de dama había sido arrojada sobre una planta en maceta. Y, como no era aceptable en la República pedir a los invitados que se quitaran los zapatos antes de entrar en una casa, las huellas de nieve fundida y barrozas empañaban el suelo.

Atra estiró las piernas frente a ella y tomó grandes bocados de un bollo untado en mantequilla.

Por la mañana habría una discusión sobre quién debería limpiar todo el desorden. Su esposo sería exento, ya que partiría temprano para revisar los almacenes de la familia y resolver aquel fiasco de contrato en el banco.

Probablemente también te lo pediría Tvevi. Suficiente, considerando que ella había estado en pie durante dos días cocinando todo y preparando esta fiesta.

Atra miró a Celia. Tentador.

Sería fácil convencer a los demás para que se unieran contra la más joven de la casa. Solo había estado unos meses con ellos. Era su primer destino, una mezcla de regalo y carga para todos los demás. Mucho demasiado joven para un papel adecuado, pero era una de las pocas verdaderas prodigios de la familia, por lo que estaban apresurándola. Una defensora, especialmente dotada para crear barreras de privacidad, valía su peso en oro para sus negocios.

El hermano de Iven, Lan, no era un defensor, pero era un mago que al menos había estudiado superficialmente ese tipo de magia. Y era conocido por su habilidad para guiar a los practicantes más jóvenes. Celia había sido enviada allí para aprender de él y, con suerte, asentarse lo suficiente para que los Ancianos confiaran en invertir más en su formación.

No era solo el gasto de contratar a un maestro externo a la familia… Dios sabía que podían permitirse educar a quien desearan. Pero enviar a una joven maga tan talentosa a recorrer el mundo por su cuenta era un riesgo.

Celia era lo suficientemente valiosa como para ser atraída por otra línea familiar. Y era lo bastante impulsiva como para contemplar dicha posibilidad.

Los Orellen no eran el tipo de familia que se podía desafiar fácilmente, pero tampoco eran tan intocables como algunas otras. La suya era una noble y poderosa genealogía mágica. Como las demás familias influyentes repartidas por el continente, tenían su propio Enclave y un consejo de Ancianos que estaban, al menos, en el rango de hechiceros menores.

Pero la fuente del poder de los Orellen era algo distinta. Su linaje tenía una tendencia muy marcada hacia la magia espacial. Era tan dominante, de hecho, que la mayoría de sus miembros sanguíneos encontraba difícil alcanzar un nivel significativo de competencia en otros campos.

La magia espacial tenía un potencial ilimitado. Teóricamente, una vez alcanzado el máximo nivel de dominio, sería una fuerza superior a cualquier otra en este mundo.

Pero muy pocas personas tenían el potencial de convertirse en un Mago.

Y en los niveles más bajos, los usuarios individuales de magia espacial eran… inútiles. Especialmente en combate. Manipular el espacio era un proceso que consumía mucho tiempo, incluso para un hechicero pleno.

Un mago de rango espacial, como Lan, era poco más que un eficiente cartero sin apoyo. Podía enviar objetos pequeños a cortas distancias por sí solo, pero no mucho más. Por eso, los Orellen eran más efectivos cuando realizaban magia grupal, y habían pasado los últimos siglos aprovechando al máximo sus habilidades en ese ámbito.

Las otras líneas destacadas mantenían sus posiciones gracias a su pura destreza mágica. Los Orellen, en cambio, habían sobrevivido a innumerables conflictos y desastres a lo largo de los años acumulando una riqueza material opresiva.

En cada ciudad importante del continente había un equipo de portalistas Orellen. El tiempo es dinero, los portales ahorran tiempo, y estaban dispuestos a venderte uno por un precio elevado.

También facilitaban los viajes del propio imperio comerciante que dirigían. La cabeza legal de ese imperio, en la mayoría de los países, era Lord Orellen. El título había sido comprado al Reino de Derif en algún momento de un pasado remoto, y no se heredaba tanto como se concedía al candidato más adecuado.

Cuando Atra fue adoptada en el cuarto círculo de la familia Orellen, soñaba con convertirse algún día en una maestra para niños en la etapa de Novicio. Algunos años después, le sugirieron enfáticamente que se casara con Iven, con la esperanza de que dos no-spacialistas relativamente talentosos pudieran producir más de lo mismo.

Nunca lo había lamentado, pero resultaba incómodo que la inusual destreza de Iven con la magia de la suerte, de todas las cosas, lo hiciera irresistible para los Ancianos en busca de un nuevo señor mercante. Las primeras diez o más celebraciones que Atra organizó como Lady Orellen fueron emocionantes. Las siguientes mil solo exigían mucho esfuerzo.

Bueno... la próxima visita a Kashwin era algo que todos podían esperar con entusiasmo. Los Kashwinis eran un pueblo muy familiar, y sería extraño que llegaran sin sus hijos. Una excusa perfecta para sacarlos de la escuela por unos meses y consentirlos tanto como pudiera mientras estaban alejados del Enclave.

“Lan, ¿por qué no invitas a Merrial y a Sun a que vengan con nosotros a Kashwin?” dijo, la idea le agradó instantáneamente. Los hijos de Lan eran mayores que los suyos, ya en sus veintes, y sin duda sería difícil visitarlos por mucho tiempo en el futuro. “El clima allí en invierno es maravillosamente templado. Estoy segura de que les encantaría. Además, sería un bonito cambio tener a toda la familia junta.”

“Pensaba exactamente lo mismo,” dijo Lan. El alto hombre de cabello negro comía huevos de codorniz rellenos junto a la chimenea. “Hay un muchacho interesado en Merrial en el Enclave. Ella es una romántica terrible, y él también. Parece un poco peligroso, así como van las cosas.”

“¡Oho!” exclamó Iven, levantando su copa. “¿Tenemos una boda en nuestro futuro?”

Lan le lanzó una mirada de dolor.

“Erm...” balbuceó Iven. “¿No son parientes cercanos, verdad?”

En una familia más grande que la mayoría de los pueblos, no era extraño casarse con un primo. Pero existían normas sobre cuán estrechamente relacionados podían estar los enamorados.

“No, tu sobrina no es una tonta, Iven,” respondió Lan. “Solo es una persona con sangre caliente. Él es un muchacho bastante simpático, pero me gustaría darles tiempo a ambos para que enfríen sus emociones antes de que alguno pierda la cabeza y proponga matrimonio.”

“Nadie va a proponerle matrimonio a Merrial sin preguntarte primero, tío Lan,” dijo Celia, chupando la cola de un camarón. “Todos saben que eres aterrador.”

Lan pareció sorprendido. “No soy temible.”

“Lo eres,” le aseguró Celia, sin levantar la vista de su bandeja. “Todos en la escuela lo dicen.”

Él pareció horrorizado. “¿Los niños hablan de mí en la escuela?”

“Todos dicen que tú eres...” se quedó unos segundos en silencio, frunciendo el ceño. Luego, palideció. Se levantó de un salto, y la bandeja plateada cayó al suelo, salpicando salsa sobre la madera.

Los adultos se pusieron en alerta en un instante. Atra lanzó un hechizo verbal que ninguno de los otros reconoció. Tevie agarró una horquilla del hogar. “¿Qué pasa?” preguntó Lan, mirando alrededor con los ojos entrecerrados.

“En la puerta,” susurró Celia, apretando los dedos en su falda. “Alguien está en la puerta. Tres personas. Están... están activando las barreras. Todas. Solo con estar allí.”

“Entonces, no es la esposa de un comerciante que regresa a buscar su bufanda,” dijo Lan. “¿Deberíamos contestar o usar la puerta de emergencia?”

Todos miraron hacia Iven.

¿Por qué todos me miran a mí? Pero él se levantó de igual manera. “No hay razón para pensar que sean enemigos. La familia no tiene en la ciudad a nadie poderoso que yo pueda recordar. Ustedes vayan a esperar junto a la puerta, por si acaso, y yo hablaré con ellos.”

“Iven,” dijo Atra. “Deja que Lan vaya.”

“No te preocupes,” afirmó él. “Puedo manejar—”

“Estás descalzo y en tu túnica interior,” le recordó su esposa. “Y tienes migas por todas partes.”

“No te vistas muy diferente a nuestro noble señor,” asintió Lan, limpiando migas de su uniforme de sirviente. “Yo me encargaré.”

Los minutos siguientes fueron tensos. Todos, excepto Lan, permanecieron en silencio en el armario oculto donde las runas de apertura del portón de emergencia habían sido inscritas en el suelo, listos para canalizar su magia en un cristal flotante del tamaño de un huevo de avestruz.

Este era un tipo especial de portón, uno que la familia nunca compartía con otros, sin importar el precio. Activarlo significaba extraer con fuerza el cristal del portón que mantenían en constante funcionamiento en el Enclave, anulando todos los ciclos de transporte en curso y destruyendo el cristal de valor incalculable. Estarían seguros en casa en un instante si Lan gritaba una advertencia.

Pero en lugar de un grito de advertencia, el alto mago regresó a ellos luciendo tan pálido y tembloroso que Atra se atrevió a extender una mano para ofrecerle apoyo.

“¿Qué pasa? ¿Qué está mal?”

“No estoy... seguro de que algo esté mal,” dijo, mirando a Iven. “Solo te hablarán a ti, hermano menor. Es... bueno, son ellos. Los escribas del templo de Hamila. Solo son magos de rango, pero llevan tanta armadura encantada bajo sus túnicas que probablemente ni notarían si los alcanzara

un rayo. Eso fue lo que activó el hechizo de barrera.”

¡El templo de Hamila! Los ojos de Celia se abrieron de par en par, llenos de entusiasmo. ¡La gran profecía para esta generación debe ser sobre el tío Iven!

¿Te das cuenta de que las profecías suelen ser malas la mitad del tiempo, verdad? —exclamó Tevie, frunciendo el ceño con cierta preocupación.

Está bien —dijo Iven, sintiéndose más confundido que nada—. Creo que simplemente… iré a descubrir el futuro, supongo.

Intentó sonreír a su esposa, pero ella lo miró en blanco, sin mostrar ningún entusiasmo.

En realidad, Iven había pasado mucho tiempo reflexionando sobre Hamila unos meses atrás, cuando se estaban preparando los arreglos para enviar los regalos de despertar del pueblo al profeta. Ella no podía ser persuadida a profetizar según los deseos de nadie, pero todas las familias de practicantes de renombre enviaban algo, al igual que la nobleza de todos los países, desde reyes hasta el más humilde de los barones.

Por si acaso.

Se sabía que la profetisa disfrutaba de comer manjares exquisitos, así que cada treinta años, trenes enteros de carretas cargadas con alimentos llegaban a su templo. Era, en realidad, un poco absurdo, ya que la mujer solo despertaba por un día, y suficiente comida se enviaba para alimentar a un ejército durante un año.

Pero no había comerciante más rico que Lord Orellen, quien representaba a la única familia capaz de obtener cualquier cosa, de cualquier lugar, en muy poco tiempo. Si la profetisa quería sabores exóticos al despertar, él no quería quedar atrás. Él y Atra habían organizado un equipo de personas para preparar las ofrendas familiares.

Al final, fue verdaderamente, horrorosamente excesivo. Tanto que aún se seguía hablando de ello por todo el continente.

Los Ancianos estaban satisfechos.

Y ahora, los escribas que registraban las palabras de Hamila, la De la Lámpara, estaban aquí. Para él.

Una parte tonta de él susurró: Quizá solo quieran agradecerte por los jamones.

Los jamones habían sido especialmente buenos. Estaban hechos de una raza determinada de cerdo alimentada únicamente con cierto tipo de nuez, asada en un fuego sagrado. Quizá también los sacrificaban cantando vírgenes, pero a Iven le había cansado escuchar al hombre que los vendía…

Saludos, honorables escribas —dijo, entrando en el vestíbulo y haciendo una reverencia a los tres hombres que estaban allí, hombro con hombro. Todos eran gente delgada y pálida, dos de ellos con gafas. Le recordaban un poco a plantas que habían estado mucho tiempo en interiores, pero ¿qué más podía esperarse de hombres que dedican su vida a observar a alguien dormir? Este hogar acoge a los sirvientes de la Sagrada Hamila. Que su sueño sea reparador y que su lámpara la guíe en sus sueños.

Que su sueño sea reparador —recitaron los tres al unísono.

Uno de ellos dio un paso adelante. —Señor Iven Orellen —dijo—, venimos a cumplir nuestro deber como los escribas de Hamila de la Lámpara. Hemos escuchado sus palabras. Las hemos registrado con fidelidad. Las transmitiremos a quienes el destino ha elegido. Luego, las llevará al mundo. ¿Está listo para escuchar las palabras de la Sagrada Hamila?

No. Iven hizo otra reverencia. —Sería el honor de mi vida.

Entonces, escucha con toda tu alma las palabras de Hamila —dijo el orador, dando un paso atrás junto a sus compañeros, aclarándose la garganta. Y, en un acto coordinado, recitaron la profecía.

El noveno hijo del Señor Orellen puede convertirse en el mago más grande del primer mundo.

—¿Qué? —preguntó Iven—. Estaba demasiado atónito por la rapidez con la que su vida había sido revertida para encontrar algo parecido a la elocuencia.

—El hijo nacido en el noveno lugar del Señor Orellen puede convertirse en el Mago más grande del primer mundo.

Era una especie de profecía breve y concisa. Hamila era conocida por ellas, por supuesto. Pero Iven tenía dificultades con algunas de esas palabras.

Nacido en el noveno lugar. Mago. El más grande.

Esas palabras no eran poca cosa. Eran… trascendentales, temibles, y seguramente inexactas.

—¿Puedes repetirlo una vez más? —preguntó, con el pulso latiente en los oídos. Se sentía realmente mal. Como un hombre que ha avistado un león en la hierba y que, en un parpadeo, lo pierde de vista.

—El hijo nacido en el noveno lugar del Señor Orellen puede convertirse en el mago más grande del primer mundo.

Nacido en el noveno lugar. Mago. El más grande.

Puede.

Dioses, allí estaba. El león.

Iven quería gritar como un niño asustado. En su lugar, permitió que el Señor Orellen tomara la palabra por él. —Muchas gracias por compartirme las palabras de Hamila. Es un honor escucharlas y estar bendecido más allá de los sueños de los hombres por tener mi nombre pronunciado desde sus labios sagrados.

Aparentemente, hasta el propio Señor Orellen podía padecer nervios. Estaba siendo sumamente florido. Pero los escribas no parecían considerarlo un exceso de elogios para su amada Hamila.

—Nuestra información indica que tienen siete hijos —dijo el que parecía ser el portavoz principal—. ¿Es correcto?

—Sí —afirmó Iven—. Siete.

El hombre asintió. —Entonces, volveremos en el momento del nacimiento del noveno. El templo no tiene una política establecida para transmitir las palabras de Hamila a un bebé, pero nuestro sumo sacerdote cree que se debe intentar comunicar su sabiduría al recién nacido antes de que sea presentado al mundo. Quizás, el dios fiel le conceda entendimiento.

—Entiendo —dijo el Señor Orellen—. Que los dioses nos concedan a todos esa comprensión.

—Mantendremos la profecía en reserva hasta que nazca el niño. Es un asunto complicado, ya que todavía puede tardar años. El mundo no espera pacientemente las palabras de Hamila. Ya hay quienes desobedecen nuestras tradiciones y buscan descubrir sus verdades antes de tiempo.

Fue entonces cuando Iven comprendió de repente por qué llevaban tanta armadura debajo de sus túnicas —eran escribas, no magos guerreros. Pero países enteros comenzarían a inquietarse si la profecía se retrasaba por años.

—Por favor —dijo el Señor Orellen pensando rápido—, permitan que mi familia sirva a Hamila. Prepararé un portal para que puedan regresar seguros a su templo sin ser molestados.

Y que ahí permanezcan. Permanecen allí para siempre. Nunca salgan. Nunca vuelvan a pronunciar esa profecía.

Los escribas se inclinaron ante él.

Él se inclinó ante los escribas.

Luego, envió a Lan a buscar y despertar a los portalistas en la ciudad. Una hora después, todos estaban reunidos en la sala principal—la familia de Iven, siete magos y hechiceros adicionales, y los escribas de Hamila.

La profecía aún no había sido pronunciada por cuarta vez. Todavía resonaba en la cabeza de Iven, sin que la compartiera aún. Pero todos sabían que el asunto era serio. Los portalistas y Celia seguían mirando a los escribas como si acabaran de llegar de la luna.

El equipo de portales pintó los caracteres mágicos en el suelo de la sala principal. Poco después, los escribas desaparecieron en un remolino de luz blanca.

Todos estaban allí, observando el lugar donde acababan de estar, los dos magos de rango superior respirando con mayor dificultad que los magos comunes.

—Muchas gracias por acudir en tan poco tiempo —dijo el señor Orellen a los portales. —Por favor, regresen a sus hogares. Me pondré en contacto con ustedes nuevamente muy pronto.

—¿Señor…? —preguntó uno de ellos.

—Si pronuncian una sola palabra acerca de lo ocurrido esta noche, los Ancianos los excomulgarán de la familia. Después de la excomunión, Lan vendrá por ustedes.

Todos lo miraron boquiabiertos. Especialmente Lan. El hermano mayor de Iven podía parecer algo intimidante, pero no era un asesino.

—Adiós —dijo el señor Orellen, mirando de forma pungente a los portales.

Se apresuraron en obedecer.

Cuando se fueron, Celia volvió a levantar la barrera de privacidad, protestando levemente cuando la enviaron a su habitación después. Luego, los adultos se reunieron alrededor de la chimenea.

—¿Es algo malo entonces? —preguntó Lan con voz áspera.

—Técnicamente, es bueno —contestó Iven, con un tono amargo—. Maravilloso. Milagroso. La cosa más extraordinaria que haya sucedido en la larga historia de la familia Orellen.

Los Ancianos querrían que guardara silencio hasta poder consultar con el consejo. Pero eso me parecía una idea terrible.

Por eso, se lo contó a ellos.

El rostro de Atra, siempre tan expresivo, cambió de alegría a asombro, y luego a un miedo que comenzaba a despuntar en su interior, igual que Iven lo sentía en lo más profundo de su ser.

Lan se rascó el estómago con una mano. —Eso… es mucho que asimilar —dijo—. No soy muy hábil en política, pero supongo que te preocupa cómo reaccionarán las otras familias. Estoy seguro de que no estarán demasiado contentas, pero—

—Puede ser —intervino Tevie—. Ella miraba las llamas moribundas en la chimenea, su cabello cobrizo grisáceo iluminado por el fuego—. Estás segura de que la profecía decía que tu futuro hijo podrá ser el Magus más grande. ¿No será que quise decir “será”? ¿O “deberá”?

—Te aseguro que he memorizado esa maldita cosa palabra por palabra. Cuando muera, probablemente mi espíritu siga murmurándola —dijo Iven.

Vio cómo las hombros de Tevie se estremecían.

—Nos van a destruir —susurró, llevando una mano a su boca—. Nos quemarán hasta convertirnos en cenizas y luego arrancarán las raíces.

—Espera —dijo Lan—. No avancemos tan rápido—

—Es esa palabra, Lan —dijo Iven en tono tranquilo—. Esa palabra arruinará a toda la familia. Si Hamila hubiera dicho “quiere”, nunca habrían actuado en nuestra contra. Un Magus, el más grande Magus, quizá un especialista en magia espacial... Las otras familias estarían en nuestra puerta al día siguiente de escuchar eso, dispuestas a ofrecernos a sus hijos en bandeja. Pero—

—Pero “puede” significa que no es algo seguro —intervino Tevie—. Solo indica que existe la posibilidad de que algún día tengamos un poder superior al de cualquiera de ellos. La presencia de un Magus en la familia solo es buena para nosotros si podemos proteger esa potencialidad. Y no podemos. No con todos. Desde el instante en que nazca, intentarán matarlo o ella, saldrán a acabar con Iven y con todos los que haya podido amar, con cada joven de la familia que pudiera ser su hijo. Porque, ¿quién puede asegurar que no ha engendrado ya a cientos de descendientes con diferentes miembros familiares?

Lan negó con la cabeza, aunque la expresión de su rostro mostraba que comenzaba a comprender.

—Y tú piensas, “¡Ah, bueno, quizás esto termine ahí!” —prosiguió Tevie—. Que una vez que Iven muera, y todas las mujeres con las que quizás haya estado, y todos los hijos que quizás haya engendrado, quizás puedan vivir en paz. ¡Pero espera! —añadió—. Si Iven murió, entonces, ¿quién será el nuevo Señor Orellen? ¿Y si tiene un noveno hijo?

Lan parecía enfermo.

—Por supuesto, no nombrarán a nadie nuevo. Jurarán que no lo harán. Dirán: “Desde ahora no existe el Señor Orellen. Lo prometemos.” Y no nos creerán. Porque no cederían en su empeño de tener un mago en su linaje, así que ¿por qué lo haríamos nosotros? En ese momento, tres o cuatro de las grandes familias se unirán y decidirán, por el bien del mundo, que debemos ser exterminados.

—Estamos fastidiados —dijo Iven—. Quizá Celia tenía razón. El decoro simplemente no funciona en todas las situaciones.

—Lo estamos —asintió Tevie.

Atra tomó una respiración profunda y entrecortada. —Iven, estoy embarazada.

Revisión #1
Creado 21 abril 2026 04:36:21 por Alice Johnson
Actualizado 21 abril 2026 04:36:24 por Alice Johnson